

EL
GABINETE
DE CURIOSIDADES
DEL
DR. ZAGAL
Cultura para llevar

Pablo Alarcón  Héctor Zagal

 Planeta



Introducción

flunke usted no lo crea...

¿Sabían cuánto se tardaban los egipcios en momificar un cuerpo? Más o menos setenta días. Era un proceso largo. Lo primero que había que hacer con el difuntito era eviscerar el cuerpo, que es una manera muy elegante de decir que le sacaban las tripas. Se extraía el cerebro por la nariz con unos ganchos. (¿Ya pusieron cara de asco?, pues espérense...). A continuación, los embalsamadores introducían a través de las fosas nasales una sustancia que licuaba los restos de la masa encefálica. ¿Quieren unas quesadillas de seso?

Posteriormente, se trataba el cuerpo con natrón, especie de carbonato de sodio, y se colocaba a secar al sol, como si fuesen chicharrones de harina, de esos que comen los niños con chile y limón afuera de las escuelas. Una vez que el cadáver quedaba como fruta deshidratada, se le rellenaba de sustancias aromáticas. Los orificios corporales se taponaban con cera de abeja (mejor no se lo imaginen). Luego, se vendaba el cuerpo con lino y resinas. Si los deudos eran adinerados, podía añadirse una máscara mortuoria y un bonito sarcófago, siempre útiles en el más allá. Como toque final, se podía añadir una pirámide o, de perdís, una tumba excavada en la roca. Para nuestro

infortunio, desconocemos muchos detalles del procedimiento, porque los momificadores no grababan tutoriales para YouTube.

Les platicamos todo esto porque nos pareció curioso. ¿O no les llamó la atención? ¿Y si les contamos que el nombre de la marca Nike proviene del griego antiguo y no del inglés? *Niké* significa ‘victoria’ y el concepto muy pronto fue personificado por una divina mujer alada. El Ángel de la Independencia de la Ciudad de México es, en realidad, una *Victoria emplumada*. Según los teólogos cristianos y musulmanes, los ángeles no tienen sexo, mientras que la escultura que corona nuestra columna de la Independencia luce unos senos casi pornográficos.

¿Sabían que Hitler tenía un equipo de catadoras para evitar que fuese envenenado? Al modo de los reyes de la antigüedad, aquellas mujeres probaban los platillos que le servirían al tipo para protegerlo durante la guerra. Por cierto, Hitler adoraba a sus perros y era vegetariano, lo que no le impidió asesinar a millones de personas. Evidentemente, eso no habla mal de los vegetarianos, sino de Hitler.

Y ya por este camino de las curiosidades, ¿sabían que las palabras *taco* y *tortilla* no provienen de lenguas prehispánicas? Para terminarla de amolar, tampoco *charro* proviene del náhuatl, ni siquiera del castellano, sino del euskera. En cambio, las palomitas de maíz son un invento mexicana; lástima que Moctezuma no las haya patentado.

Pero nos hemos desviado del tema. Lo que queríamos decir es que, como sentenció Aristóteles, «todos los hombres quieren saber». El conocimiento es un placer y una necesidad. Los seres humanos disfrutamos *sabiendo*. Por eso nos gusta ver un atardecer, escuchar una nueva can-

ción o enterarnos de un chismecillo del cine. Instagram y Facebook se nutren de esta urgencia humana por saber, por conocer, por estar al día, por enterarnos dónde comió un amigo nuestro o dónde vacaciona nuestro peor enemigo. Las redes sociales revelan este impulso por conservar y compartir aquello que llamó nuestra atención, aquello que despertó nuestra curiosidad.

Este libro es un Instagram de la mitología, la historia y la cultura. ¿Quieres saber cuál es el *crush* del dios Apolo? ¿Cuáles eran los *drinks* de moda entre los escritores del siglo xix? ¿Siete consejos para llevar una dieta sana en la Edad Media? ¿Los *trendig topics* del Romanticismo? ¿Qué tal conocer a #LordImperio?

Dicho de otra manera, este pequeño libro es un *gabinete de curiosidades*. ¿Les suena el nombre? A partir del siglo xvi, la revolución económica, científica y cultural del Renacimiento se reflejó en los gabinetes de curiosidades, también conocidos como *cuartos de maravillas* o *salas de artes y prodigios* en español; *wunderkammern* entre los alemanes; *cabinets de curiosités*, entre los franceses y *wonder chambers* entre los ingleses. Eran estancias donde los reyes, los nobles y los burgueses coleccionaban objetos fuera de lo común. ¿Se imaginan la cantidad de artículos nuevos y animales desconocidos con los que se topaban los europeos después de llegar a América y África?

Desde finales del siglo xvi hasta principios del siglo xviii, deslumbrar a los invitados en casa con un gabinete de curiosidades daba prestigio. En estas cámaras, se reunían objetos disímbolos, cuyo común denominador era provocar sorpresa y extrañeza.

Por ejemplo, Pedro el Grande ordenó que desde todos los confines de su Rusia se le enviaran los cadáveres de

los niños y animales nacidos con malformaciones. Su colección llegó a contener siete mil piezas, desde huesos de mamut hasta los huesos de un hombre gigante, quien le había servido como bufón en su corte. Contra lo que uno podría imaginar, el interés del zar era, a su modo, científico.

Los monarcas españoles también tuvieron su Real Gabinete de Curiosidades, nutrido con piezas que les llegaban desde su inmenso imperio: un calamar gigante, un oso panda, un elefante asiático. Rodolfo II de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio y rey de Hungría, coleccionó en su gabinete artefactos mecánicos, libros de magia y alquimia, curiosidades chinas, fetos malformados y clavos del arca de Noé. No era raro que algunos gabinetes de curiosidades se ufanaran de tener cuernos de unicornio o sangre de dragón.

Fernando II de Tirol, por citar otro ejemplo, formó en su castillo de Ambras (Innsbruck, Austria) una imponente cámara de arte y curiosidades, donde había joyas, pequeños autómatas (hoy diríamos robots de engranes) y cuadros que documentaban enfermedades y malformaciones. En esta colección se encuentra el cuadro más antiguo que tenemos de Vlad el Empalador, quien dio pie a la leyenda de Drácula. Este detalle no fue una casualidad.

Tradicionalmente, la colección de un gabinete de curiosidades se agrupaba en cuatro secciones. La colección de *artificialia* reunía obras de arte y antigüedades. *Naturalia*, como su nombre indica, agrupaba objetos naturales. Animales y plantas raros para la mirada europea tenían lugar en la sección *exotica*. Finalmente, bajo el rubro *scientifica* se coleccionaban instrumentos científicos. Nosotros, que ni tenemos el poder de Pedro el Grande ni el dinero de

un banquero florentino, optamos por recolectar anécdotas e historias curiosas en unas hojas de papel de acuerdo con categorías que nos hemos inventado.

¿Por qué coleccionar esto o aquello? ¿Por qué contar esta anécdota y no otra? ¿Colecionamos porque nos gusta acumular? Quizá. Pero también hay una relación íntima entre el coleccionista y los objetos que colecciona. Toda colección hecha por un particular habla de la personalidad del coleccionista. Después de conocer la cámara de maravillas de Rodolfo II, un visitante comentó con buena dosis de ironía: una colección digna de su dueño. Dínos qué coleccionas y te diremos quién eres. ¿Qué les dice de nosotros esta colección de anécdotas? ¿Qué historias contarían ustedes?

Un gabinete de curiosidades era, por definición, un espacio desordenado, donde los objetos se apilaban el uno sobre el otro, sin más pretensión que sorprender al espectador. Pero a partir del siglo XVIII, los gabinetes de curiosidades fueron cayendo en desuso. El museo comenzó a desplazar lenta, pero eficazmente, al gabinete. Los nuevos museos exhibían sus piezas desde un punto de vista científico y, por ende, eran enemigos del desorden, del misterio, de la extravagancia. Los museos tal como los conocemos, salvo Ripley, no pretenden exhibir rarezas ni sorprender al público.

Sin embargo, al ser humano le gustan las sorpresas. Aristóteles dijo también que el origen de la filosofía es el *thaumatos*, «la admiración». Para cultivar una ciencia, hace falta disciplina y orden; pero para inventar y descubrir es necesario maravillarse.

Los niños conservan casi intacta esta habilidad de sorprenderse ante lo ordinario. A un niño pequeño le sorprende que la luna se vea tan pequeña, que la lluvia caiga

del cielo, que un automóvil se mueva, que las lágrimas sean saladas y que la gente se muera. Por ello, los niños son coleccionistas innatos. Guardan piedras, estampas, semillas, tuercas, muñecas... A diferencia de nosotros, ellos advierten que el mundo está formado de objetos dignos de colección. Las niñas y niños preguntan el porqué de lo ordinario, porque nada hay más extraordinario que el día a día. La mayoría de los adultos tenemos atrofiada esta capacidad de asombro. Y no, no es culpa de YouTube ni de NatGeo. Dejamos de maravillarnos ante un libro, ante una puesta de sol, ante la historia, porque llevamos demasiada prisa, porque nos da pereza salir de nuestras creencias, porque creemos saberlo todo.

Aquello que nos inspira admiración o afecto, aquello que nos maravilla, es digno de ser recolectado. A veces, la fascinación que provoca en nosotros un objeto se transforma en curiosidad. La diferencia entre un acumulador compulsivo, de esos que aparecen en la televisión, y un coleccionista es la curiosidad. La mirada curiosa le da un nuevo valor a los objetos coleccionados. ¿De dónde provienen esas maravillas? ¿Por qué existen esos prodigios?

Buena parte de este libro lo escribimos en nuestro pequeño gabinete de curiosidades, entre libros, artesanías, fósiles, recuerdos de viaje y otras pequeñas maravillas. A ello habría que sumar, evidentemente, una discreta dosis de whisky y generosas dosis de café. Aquí les presentamos nuestro gabinete de curiosidades, nuestra cámara de maravillas. Esperamos que, además de admiración, les provoque también alguna que otra sonrisa.

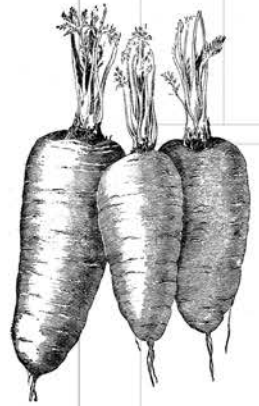
Sapere aude! ¡Atrévete a saber!



1



Dentro y fuera del clóset





Historias de homosexualidad



«Amarse a sí mismo es el comienzo de una aventura que dura toda la vida», escribió Oscar Wilde. *El retrato de Dorian Gray*, quizá la obra más conocida de Wilde, refleja este espíritu de refinado hedonismo. La vida es la búsqueda de la belleza, y al artista, experto en belleza, le está permitido todo, o casi todo...

En 1895 Oscar Wilde fue condenado a prisión por «crímenes de homosexualidad». Esto era castigado. Su gran amor, Alfred Douglas, fue el autor de unos versos que sirvieron para condenarlo a prisión: «Soy el amor que no puede decir su nombre».

Lord Alfred Douglas, *Bosie* para los amigos, tenía veintidós años cuando conoció a Wilde, quien tenía treinta y siete. El escritor, casado y padre de dos niños, quedó prendado del joven aristócrata. Wilde era la figura del momento: ingenioso, irónico y deliciosamente impertinente. Se permitía burlarse de la aristocracia en sus narices y, lo que es más importante, los aristócratas le aplaudían.

Muchos hubiesen dado su mano derecha por cosechar los éxitos de Wilde. Pero él tenía una debilidad, común

entre los hombres del éxito: era orgulloso. Estaba muy seguro de sí mismo y estiró la liga demasiado, suponiendo que su prestigio lo protegería.

Wilde y Bosie no se preocuparon por ocultar su amor. Se les veía ir y venir por el teatro y los restaurantes más elegantes de Londres. Su comportamiento desafió a la hipócrita Inglaterra victoriana. El reino era una pestilente mezcla de buenas maneras, colonialismo, avaricia, religiosidad y sexualidad reprimida. La prostitución femenina y masculina se ejercía en barrios bien conocidos de Londres, al mismo tiempo que la reina proclamaba las buenas costumbres. Los mismos aristócratas y empresarios que condenaban la depravación eran clientes frecuentes de los burdeles.

Pero Bosie fue a más. El joven contrataba muchachos para llevarlos a los hoteles elegantes donde se alojaba con Wilde. El *affaire* enfureció al marqués de Queensberry, padre de Bosie. Él era un hombre violento, autor, por cierto, de las reglas del box moderno. Se rumoraba que Francis, el primogénito del marqués, había mantenido una relación amorosa con el primer ministro. Al parecer murió en un accidente de caza, pero se llegó a decir que el joven se había suicidado, víctima de la opresión paterna. Así que pueden imaginarse la cara del marqués-boxeador cuando su hijo Bosie le salió gay. Y no se lo perdonó a Wilde. El marqués documentó las aventuras de Wilde *el sodomita* para utilizarlas en su contra.

La relación entre Douglas y Wilde no terminó nada, nada bien. El escritor fue condenado a dos años de trabajos forzados. En la cárcel, sufrió toda clase de humillaciones. Durante su encierro, su obra *Salomé* se estrenó en París. Pero Oscar Wilde había perdido mucho dinero a

consecuencia del proceso. Sus acreedores embargaron sus bienes y lo dejaron en la miseria. Su esposa e hijos se mudaron a Holanda y se cambiaron de apellido, para desvincularse de su triste fama. Wilde murió años después en París, casi sumido en la indigencia bajo un nombre falso. Se convirtió al catolicismo en el lecho de muerte. Bosie pagó el entierro y, después, intentó olvidarlo.

Manzanas y computadoras



¿Vieron la película *El código enigma*? El caso es real, Alan Turing fue un genio de la lógica y las matemáticas. Famoso por sus trabajos sobre computación, nació el 23 de junio de 1912. Durante la Segunda Guerra Mundial se aplicó arduamente en descifrar el lenguaje secreto del ejército alemán. Los nazis utilizaban para sus claves una máquina llamada *enigma*. Finalmente, con la ayuda de este hombre, los aliados descubrieron el secreto y, dicen algunos, el hallazgo acortó la guerra. ¿Imaginan ustedes la ventaja estratégica de saber lo que hará tu enemigo?

Pero Turing cometió un gravísimo delito: ser homosexual. El asunto explotó en 1952 y Turing no quiso defenderse ante la policía. Con un poco más de astucia, hubiese podido escabullirse de la acusación. Las autoridades, entonces, le dieron la «oportunidad» de elegir entre la cárcel o un tratamiento hormonal, una especie de castración química. Turing eligió lo segundo. Aquello, obviamente, amargó su existencia.

El 7 de junio de 1954, la empleada de limpieza encontró a Turing muerto en su cama, con una manzana a medio comer. Envenenamiento con cianuro. A él le gustaba mucho la historia de Blancanieves y no faltó quien dijera que el científico eligió morir con una manzana envenenada, como una especie de puesta en escena. Aunque la versión oficial dictaminó suicidio, su madre insistió en que fue una muerte accidental.

En 2009, el primer ministro del Reino Unido le ofreció disculpas *post mortem* por el trato que recibió del gobierno al que tanto ayudó. Sin embargo, le negó el indulto oficial, porque según las leyes vigentes en los años cincuenta, «la indecencia grave y la perversión sexual» eran un delito en aquel civilizado país.

Por cierto, la manzana de las computadoras, dicen, está inspirada en Alan Turing. Un discreto homenaje a un científico clave para la computación.

La jotería



¿Qué tiene que hacer un gobierno metiéndose en la cama de los ciudadanos? Las autoridades de todos los tiempos han sido muy entrometidas. Incluso ahora, algunos quisieran un policía de alcoba.

Lo peor es que hubo un tiempo en que a los homosexuales no solo se les encerraba, como a Wilde, o se les «trataba», como a Turing, sino que se les mataba. La Inquisición española quemaba sodomitas y las autoridades civiles de la Holanda del siglo XVIII los ahorcaban.

Nezahualcóyotl, señor de Texcoco, poeta y sabio, ordenó ejecutar a los homosexuales.¹ Los mexicas tampoco eran muy tolerantes: «La palabra *cuiloni*, según Sahagún, significaba “puto, excremento, corrupción, pervertido, perro de mierda, mierducha, infame, corrupto, vicioso, repugnante, asqueroso, afeminado, el que se hacía pasar por mujer”, e incluso, según otros autores, el “puto que padece”, es decir, el que lleva el papel pasivo en el coito».² Bastida, citando el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, escribe: «Otro vocablo encontrado en el diccionario es el de *yollococoxqui* (enfermo del corazón), traducido por Molina como “loco desatinado”, aunque la palabra *cocoxqui*, además de enfermo, también significaba homosexual o afeminado o “el que lo hace a otro”, en clara referencia al ser activo en una relación carnal».³

Según fray Bernardino de Sahagún, profesor de latín en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco y gran conocedor de la sabiduría mexica, la homosexualidad se castigaba con la muerte.

En el siglo xx, la situación de los homosexuales en México no era mucho mejor que en Inglaterra. Prueba de ello es la hiriente variedad de palabras para referirse al homosexual: marica, maricón, puto, puñal, mariposón, loca, manita caída, le hace agua la canoa, del otro lado, cachagranizo. Poco a poco, *gay* va desplazando algunas de ellas. No obstante, el odio está ahí, agazapado,

¹ Cfr. Antonio Salcedo Flores, «El universo sociojurídico de los culhuas o antiguos texcocanos en <<http://alegatos.azc.uam.mx/index.php/ra/article/view/321/312>>».

² Leonardo Bastida Aguilar, «Lo nefando de la homosexualidad» en <<https://www.jornada.com.mx/2015/02/05/ls-central.html>>

³ *Idem*.

esperando dar el zarpazo. En 2018, circuló en las redes el video de un joven boxeador mexicano que se quejaba de la «plaga» de los homosexuales. Incluso aplaudía que los asesinaran en los campos de concentración de Hitler.

¿Y de dónde viene la palabra *joto*? Según la Academia Mexicana de la Lengua, se originó de la penitenciaría de Lecumberri en Ciudad de México. Porfirio Díaz inauguró el Palacio Negro en 1900. Fue construida de acuerdo con la arquitectura panóptica —el ojo que todo lo ve— ideada por Jeremy Bentham. En Lecumberri había una «crujía J», donde encerraban a los homosexuales. Si te metían ahí, entonces eras un «joto».

¿Les suena Salvador Novo? Fue cronista de la Ciudad de México, *gourmet*, escritor, funcionario público y dandi. A su modo fue un rebelde. Le encantaba escandalizar a las buenas conciencias con su llamativo anillo de ópalo, sus gznés, sus coloridos chalecos, su cara maquillada y uñas de *manicure*. A pesar de sus provocaciones, Novo gozó del favor de varios presidentes y secretarios de Estado.

Enemigos no le faltaron. El pintor Diego Rivera, comunista y macho, se burló cuanto pudo de él; lo pintó despiadadamente en uno de sus murales. Salvador Novo, pensaba Rivera, no solo era un escritor burgués, sino que para colmo era «puto». Los corifeos de Diego pidieron al gobierno que despidiera a Novo y amigos por degenerados.

Pero Salvador Novo no se calló y respondió escribiendo *La diegada*, un soneto mordaz. Claro que el poeta no salió indemne y, con el paso del tiempo, la gente se burlaría de «Nalgador Sobo»...